

Nacionalismo y arqueología: el contexto político de nuestra disciplina

Margarita Díaz-Andreu*

RESUMEN: *Este artículo describe la relación que existe entre la arqueología, como disciplina científica y la ideología política del Nacionalismo. Explica, además, cómo cambió radicalmente el estudio arqueológico con el surgimiento de éste.*

ABSTRACT: *This article describes the relation that exists between archeology, as a scientific discipline, and the political ideology of Nationalism. Explains, in addition, in what ways has this changed radically the studies of archeology.*

Toda disciplina científica tiene una historia tras de sí, la cual algunos de sus miembros se han dedicado a investigar y describir. Quien se interesa por el pasado de la arqueología puede acudir a las magníficas obras de carácter general producidas por Glyn Daniel [1975], Arnaldo Momigliano [1955, 1950], Bruce Trigger [1989] o Alain Schnapp [1993], por citar a los más conocidos. En un plano más concreto, para la historiografía de cada país existen obras más específicas de carácter general o particular como las de Alessandro Guidi [1988] o Marcelo Barbanera [1996] en Italia; Ernst Wahle en Alemania [1950; 1951]; Pedro Funari [1992] en Brasil; Ignacio Bernal [1979] y Luis Vázquez León en México [1994]; Chakrabarti [1988] en India, etc. Todas estas historias de la arqueología, sin embargo, adoptan una óptica internalista, es decir, que fundamentalmente discuten qué autor dijo qué cosa en qué época y lo que sus ideas supusieron para el *progreso* de la ciencia. La visión que estos autores ofrecen se podría caricaturizar como la de una lucha heroica llevada a cabo por valientes y sabios intelectuales-arqueólogos (pocas arqueólogas suelen salir en estas historias) en su conquista del conocimiento sobre el pasado. De vez en cuando aquí y ahí en los textos surgen comentarios sobre el papel político que tuvo la arqueología en momentos de crisis, fundamentalmente durante regímenes totalitarios tipo el nacional socialista en Alemania o el fascista en Italia. La impresión que dan estas obras es que esta relación con la política es conyuntural,

* Department of Archeology, University of Durham.

que nunca tuvo gran importancia en el desarrollo de la arqueología como teoría política.

Si acudimos a otras disciplinas humanísticas como la historia, encontramos otro posicionamiento. Como R. Kühnl observa:

Un libro de historia nunca se limita a la narración aséptica, a la información neutral de los hechos. La mera selección de los datos por sí misma requiere un juicio sobre lo que es esencia o no. Toda exposición histórica contiene, explícita o implícitamente, una interpretación específica de las causas, de los factores condicionantes y de las fuerzas que llevaron o impidieron un determinado desarrollo histórico [. . .] Es decir, que una "científicamente pura" exposición histórica no existe, dado que todos los discursos y explicaciones tienen implicaciones políticas. [Kühnl, 1985]¹

En estos últimos años también en la historia de la arqueología ha habido autores que han adoptado una actitud más crítica. [Mora, 1998; Patterson, 1995] Éstos, sin dejar a un lado el desarrollo de las ideas tan habituales en los investigadores ya citados —puesto que el conocimiento acerca de cómo éste se transformó también es importante—, han prestado una mayor atención al contexto socio-político en el que se ha producido el devenir histórico de la arqueología. En este artículo me centraré precisamente en ese contexto, sintetizando mis ideas, las cuales han sido publicadas en varios trabajos, fundamentalmente en lengua inglesa (véase la bibliografía final). En concreto, mi objetivo será describir la relación existente entre la arqueología como disciplina científica y la ideología política del nacionalismo. Intentaré explicar hasta qué punto ambas están conectadas y cómo es posible trazar una conexión entre el surgimiento del nacionalismo y un cambio radical en el estudio del pasado arqueológico.

A partir del éxito del nacionalismo como teoría política a finales del siglo XVIII, la arqueología dejó de ser una actividad secundaria para convertirse en un quehacer profesional. La nueva importancia que adquirió el conocimiento sobre el pasado llevó al Estado-nación a proveer las subvenciones necesarias para crear y mantener un cuerpo profesional, para que la arqueología se impartiera como una disciplina más en las universidades, para que se abrieran museos especialmente dedicados a la exposición de los objetos antiguos y se promulgaran legislaciones con el objetivo de proteger la labor arqueológica y el estudio del pasado. Una vez que se haya aclarado esta relación entre la ideología política del nacionalismo y la institucionalización de la arqueología, se hará una reflexión sobre la relación entre el desarrollo de las ideas en la arqueología —fundamentalmente el historicismo cultural todavía de tanta influencia— y el contexto político en el que éste se dio.

¹ Todos los textos cuyo original se halla en otro idioma han sido traducidos por la autora de este trabajo.

LA NACIÓN Y EL PASADO

La primera pregunta que habré de responder para explicar mi hipótesis sobre la relación entre la arqueología y el nacionalismo es por qué el pasado es relevante para este último. Si acudimos al libro de Alain Schnapp [1993] o a autores como Richard Bradley [1996, 1998] queda claro que el estudio del pasado se ha producido desde épocas anteriores a la emergencia de dicha teoría política; que la memoria histórica ha estado presente desde periodos tan antiguos como el neolítico europeo, las primeras sociedades con escritura, las épocas clásicas griegas, romanas y el medievo. Incluso se puede sospechar que esta importancia del pasado estaba presente incluso antes, entre cazadores-recolectores. [Layton, 1989b] Pero, pese a reconocer esta trascendencia del conocimiento sobre el pasado y, a veces, de los restos de cultura material provenientes de él, lo cierto es que solamente a partir de los siglos XIV y XV por primera vez a determinados individuos de la sociedad se les permitió especializarse de manera definitiva y continuada en el estudio del pasado y de sus restos materiales. Fue en este momento cuando se produjo una transformación radical en este interés que serán las primeras raíces que al cabo de tres siglos terminarán llevando a la definitiva aceptación de la arqueología como disciplina científica.

En los siglos XIV y XV se produjo en Europa un cambio de tipo social y político que llevaría a la aparición del Estado moderno. En esta Europa en transformación, las élites comenzaron a interesarse por los objetos antiguos de una manera nunca antes conocida, ni siquiera durante el periodo romano, momento en el que las estatuas griegas habían atraído gran atención. Lo que las élites renacentistas buscaban en las antigüedades era simbolizar su poder con metáforas diferentes a las que se habían empleado en la época medieval. En su lucha contra el poder eclesiástico el lenguaje de la antigüedad sobre todo de la antigüedad clásica cobró una gran importancia. De esta forma dejó de ser ocasional que un individuo poderoso acudiera al pasado para mostrar su posición en la sociedad, como había pasado en Babilonia, Grecia o Roma. [Schnapp, 1993] A partir de los siglos XIV y XV, en primer lugar en Italia, este tipo de argumentación empezó a ser, por así decirlo, un requerimiento, y por ello las élites políticas comenzaron a emplear a anticuarios para que les proporcionaran el prestigio que necesitaban. [Rosenberg, 1990] Esta moda que se inició en Italia fue copiada más tarde por el resto de los países europeos (siglos XV y XVI) [Schnapp, 1993], pues la nueva expresión de autoridad les permitía reivindicar su poder secular y dejar definitivamente atrás el código político medieval. Tras los problemas religiosos del siglo XVII y durante la ilustración del siglo XVIII el lenguaje basado en lo clásico adquirió un nuevo prestigio, mayor en todo caso que el adoptado por los movimientos pre-románticos desarrollados en el mismo siglo. [Smith, 1976] La racionalidad consiguió un puesto fundamental en este siglo. Ideas como

“utilidad”, “ciudadanía”, “nación”, etcétera, comenzaron a emplearse con mayor frecuencia. [Mora, 1998]

A partir del último tercio del siglo XVIII en el plano político las ideas de la ilustración fructificaron en una serie de revoluciones: la de 1776 abrió paso a la independencia de los Estados Unidos de América; la de 1783 en Holanda; la de 1789 en Francia, las posteriores en diversos países europeos y en toda Latinoamérica, que se saldaron con la independencia de prácticamente todo el continente americano en las primeras décadas del siglo XIX. En todos estos países la racionalidad ilustrada llevada a su consecuencia lógica, empujaría a las clases medias a rechazar a los gobernantes que no resultaran útiles para la nación. Es decir, por primera vez se hacía posible contestar la legitimidad política del sistema que había reinado prácticamente en la totalidad del mundo occidental desde la caída del imperio romano: la monarquía y el sistema social al que éste iba a asociada, en el que la creciente clase media tenía poca cabida. Pero si la monarquía había sido hasta aquel momento la base del Estado, a partir de ahora un nuevo concepto debía ponerse en su lugar, y este fue el de nación.

“Nación” era una palabra de origen latino que se había empleado tanto en latín como en las lengua romances derivadas de él desde la época romana. Significaba lugar de origen, tanto el pueblo, la región, comarca o país. Este uso tan amplio quedó restringido a partir de finales del siglo XVIII, cuando el término empezó a emplearse fundamentalmente para referir al territorio estatal. Es necesario aclarar en este punto que los especialistas en el estudio de nacionalismo distinguen dos formas fundamentales de la definición de nación que se relacionan con los dos tipos principales de nacionalismo, nacionalismo cívico o político, por una parte, y por la otra, nacionalismo cultural o étnico.

El nacionalismo que surgió en la revolución francesa de 1789 (por escoger a la más famosa de todas las revoluciones mencionadas anteriormente) fue el nacionalismo cívico o político. En realidad somos nosotros los que ahora lo denominamos así, pues en aquel momento el término nacionalismo ni siquiera estaba en uso, ya que sólo se tiene documentado a partir de 1812 en Francia y 1836 en Inglaterra. [Huizinga, 1972:14] Lo que sí se empleaba en aquel momento con gran énfasis era el concepto de “nación”. Para el nacionalismo cívico o político este término estaba unido a los conceptos heredados de la ilustración neoclásica que ahora se asocia íntimamente con la nación: ciudadanía, territorio, derechos y deberes iguales para todos los ciudadanos, educación universal e ideología cívica. [Smith, 1991:9-10] La importancia de la historia antigua como modelo de la cual aprender sobre la sabiduría del pasado, que había empezado en el siglo XVIII, se afianzó ahora. La nueva consideración dada a la educación implicó la apertura de museos, en los cuales se expusieron los objetos provenientes de la antigüedad clásica, y esto llevó a la nece-

sidad de tener profesionales que se ocuparan de ellos y, por tanto, a la de incluir a la arqueología entre los saberes impartidos en la universidad o en las escuelas de educación superior. Es decir, el nacionalismo cívico llevó a la institucionalización de la arqueología. Los anticuarios pagados por reyes, nobles o personas con medios económicos dejaron la escena. Ahora el Estado se ocupaba de subvencionar a un cuerpo profesional de arqueólogos. La arqueología pasó a ser considerada una disciplina científica.

La nueva nación política tenía que ser coherente con los principios de utilidad ilustrados, por lo que en un primer momento sólo los estados de gran tamaño lograron ser aceptados como naciones; las unidades políticas de pequeña dimensión eran juzgadas como contrarias al buen hacer político y, por tanto, no eran tomadas en cuenta. Estas ideas restringieron el número de naciones reconocidas a unas pocas localizadas fundamentalmente en Europa occidental (Francia, Gran Bretaña, España, etcétera) y en América, donde los nuevos Estado-nación superaban incluso en tamaño a los europeos. Salvo excepciones —el caso de Dinamarca es el único que se me ocurre y del cual me ocuparé más adelante— sólo será en estos países donde surja la arqueología profesional centrada en un principio en el estudio de lo clásico, lo que dificultará su éxito en América.

Este criterio de tamaño es el que permitiría a la larga el éxito de las ideas nacionalistas de tipo unificador tanto en Italia como en Alemania. Pero la creación de estados nuevos a partir de naciones supuso un cambio radical en el nacionalismo. Hasta entonces era el Estado el que había dado lugar a la nación. A partir de la unificación de ambos países, cabía la posibilidad de que fuera la nación la que diera lugar al Estado. Las unificaciones de Italia y Alemania en 1870 y 1871 evidenciarían un cambio radical en el nacionalismo, puesto que el nacionalismo cívico o político daría paso al nacionalismo cultural o étnico. Éste provenía de las ideas pre-románticas del siglo XVIII [Smith, 1976] en las que “nación” se asoció con ideas en principio muy diferentes. La justificación para la unión de países como Italia o Alemania no podía ser otra que la existencia de unas características comunes que fusionaban de forma natural a una serie de pueblos, de manera que legitimaban la defensa de su existencia como nación y, por tanto, su derecho a exigir la independencia política.

Los rasgos comunes que unían a la nación étnica o cultural podían ser variados: en primer lugar, una cultura similar con costumbres semejantes y/o idioma compartido, además de que en algunos casos había una misma religión, etnia o raza; y en segundo, una descendencia común. Para todo ello la historia de cada nación tenía un papel legitimador fundamental. Si hasta entonces la subvención del Estado había estado volcada hacia la arqueología clásica, a partir de ahora en Europa habría otras épocas —la prehistórica y la medieval— que empezarían a cobrar un papel central. La situación en América, sin embargo, no podía ser sino diferente. Las

poblaciones anteriores a la conquista no tenían nada que ver con las élites que gobernaban los países, que eran de origen europeo. Ante esto la respuesta mayoritaria sería la de ignorar este tipo de arqueología, negando un pasado histórico a las poblaciones indígenas y restringir el relato histórico nacionalista a la época, a partir de la colonización realizada por sus antepasados europeos. En América —y posteriormente en Australia— la arqueología se confinaría como una rama dentro de la antropología, es decir, no incluida dentro de los estudios históricos. La excepción a esta actitud se encontraría en México, donde el discurso nacionalista desde un principio se apropió del indigenismo. Así que tras un primer momento que fracasó por las turbulencias políticas del país durante gran parte del siglo XIX, principalmente en el XX las élites políticas comenzarán la subvención sistemática del estudio de cierto pasado precolombino, el de las grandes civilizaciones del valle de México y Yucatán.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA Y LOS PROBLEMAS DE LA PREHISTORIA

Como ya se ha explicado en la sección anterior, el surgimiento del nacionalismo como teoría política —en un primer momento del nacionalismo de tipo cívico— llevó a la institucionalización de la arqueología. La primera prueba de que esto ocurrió fue la creación de museos, aunque como siempre podemos buscar precedentes anteriores. El ímpetu adquirido por el estudio de la antigüedad clásica y la importancia conferida a los objetos provenientes de ésta, habían llevado ya en el siglo XVIII a la aparición de un preocupante mercado de antigüedades centrado en la ciudad de Roma. La desaparición de obras iba contra el bien común, contra la educación del ciudadano, y así en aquella centuria, en fecha tan temprana como 1733, se crearía el primer museo de arqueología abierto al público, el Museo Capitolino (al que más tarde se unió también en Roma en Pío Clementino en 1771). [Arata, 1998]² Por otra parte, ciertas colecciones particulares también darían lugar a museos. Una de las que fue a parar a manos particulares fue la adquirida por sir Hans Sloane, quien compró al estado de la Toscana la colección de obras clásicas amasada durante tres siglos por la familia italiana Medici. [Pomian, 1990:42] Sloane dejó la colección en manos del Estado británico, quien en 1753 decidió abrir un museo, resultando todo ello en la apertura del Museo Británico en 1759. Estas tendencias neo-clásicas ilustradas fueron continuadas y agrandadas por el primer nacionalismo cívico. Es así como en plena revolución francesa en 1793 el Estado francés abrió el Museo del Louvre. [Gran-Aymerich, 1998] Otro tipo de nacionalismo, el étnico o cultural,

² En realidad otro museo abierto al público en fecha más temprana, el Ashmolean de Oxford de 1683, al parecer incluía en sus colecciones algunas antigüedades. [Simock, 1984]

pese a que sólo tuvo éxito a partir de 1870, estuvo presente desde un principio y llevó también a la creación de museos. Un ejemplo fue el Museo de Monumentos Nacionales abierto igualmente en París, donde se exhibían monumentos góticos y renacentistas. La comparación entre el devenir de éste y el del Louvre es significativa. Pues mientras que para el último no dejaron de llegar obras, entre otras circunstancias por las campañas de Napoleón Bonaparte, los encargados del Museo de Monumentos Nacionales no hacían más que lamentarse por la falta de una sede adecuada y por el desinterés general que la institución provocaba. [Gran-Aymerich, 1998:38] En otros países los museos dedicados a las antigüedades tuvieron más éxito, como Dinamarca, donde el Museo Nacional se creó en 1807; en México, el Museo Nacional abrió sus puertas en 1825 (para cerrarlas poco tiempo después, pero esa es otra historia). [Florescano, 1993]

La creación de museos fue seguida por la profesionalización de los arqueólogos —que significativamente a lo largo del siglo XIX dejaron de llamarse anticuarios— y la fundación de instituciones que justificaban su labor. Así, en 1821 surgió en Francia la École de Chartes donde se enseñaría arqueología —o más bien una de sus ramas, la paleografía. [Schnapp, 1996:53] Este tipo de instituciones aparecería en otros países, como España, donde la Escuela de Diplomática abriría sus puertas en 1856. [Peiró Pasamar, 1996] En Francia, el Comité de Estudios Históricos, que se dedicaría a la protección y restauración de los monumentos históricos vio la luz en 1834 [Schnapp, 1996:54] La creación de Comisiones de Monumentos en Francia en 1830 tuvo igualmente su reflejo en España en 1844. [Díaz-Andreu, 1994] En este último país en 1868 el Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios incluyó a los anticuarios (que a partir de 1900 fueron oficialmente reconocidos como arqueólogos).

La institucionalización aludida hasta ahora se refiere fundamentalmente a los estudios clásicos y acaso —pero con menor éxito— a los medievales. La prehistoria tuvo dificultades para conseguir el mismo nivel por diversas razones que lo impidieron [Schnapp, 1993:321] En primer lugar, se daba prioridad absoluta a las fuentes escritas, y éstas lógicamente sólo valían a partir de la época protohistórica. Esto se debía principalmente a la poca sofisticación que los estudios sobre cultura material habían adquirido, con excepción, quizá, del estudio de monedas y obras de arte antiguas, ninguna de las dos de carácter prehistórico. Para que la prehistoria se aceptara, hubo que desarrollar los métodos tipológico, tecnológico e imponer el criterio estratigráfico como forma de ordenar el material. Esto sólo se fue logrando a lo largo del siglo XIX. No por casualidad Dinamarca fue uno de los países donde se dieron varios de los pasos más importantes. Una serie de derrotas militares ocurridas a principios de la centuria, provocaron la pérdida definitiva de la flota que hasta entonces había sido el orgullo del país y gran parte de su territorio. Esto hizo que

las desmoralizadas élites políticas y las clases medias buscaran justificar la existencia de Dinamarca en otro tipo de razones. Se acudió entonces a la arqueología, a la que tanta importancia se le había dado en el memorable siglo XVII. [Klindt-Jensen, 1975; Randsborg, 1994; Schnapp, 1993] En contraste, lo único que le quedaba a Dinamarca era el solar patrio, la tierra, donde los campesinos vivían entre las antigüedades de un pasado supuestamente glorioso. La esencia de la nación quedaba simbolizada en este pasado de piedras con inscripciones rúnicas y de túmulos prehistóricos. Esta situación llevó a Dinamarca a crear el primer Museo Nacional en el que las antigüedades propias —y no las clásicas— cobraron una importancia aún desconocida en otros países. Para el museo se contrataron a expertos que ordenaron las colecciones, de aquí surgió el sistema de las tres edades establecido por Thomsen [Gräslund, 1981], que posteriormente se exportaría a otros países. [Böhner, 1981; Rodden 1981; Sørensen, 1998] También fue en Dinamarca donde se creó la primera cátedra universitaria para la enseñanza de la prehistoria en 1855, ocupada por Worsaae en la Universidad de Copenhague. [Sørensen, 1996:34]

La prehistoria, además, tenía otros problemas que impidieron su pronta institucionalización. Uno de ellos fue la conexión establecida entre la arqueología y el arte, que provenía de la importancia de los objetos artísticos —las estatuas y los monumentos— en la época premoderna. Si para enorgullecerse de sí misma la nación tenía que tener un pasado glorioso, éste se simbolizaba mejor en objetos de arte y no en pequeños fragmentos rodados de cerámica de ininteligible significado para el no especialista. Es significativo que con la creación de la Escuela de Diplomática en 1856 se definiera a la arqueología como la ciencia que estudiaba las *obras de arte* y de la industria bajo el exclusivo aspecto de su antigüedad. [Peiró y Alzuría, 1996: 146] Los intereses creados a lo largo del siglo XIX impedirían el desarrollo de los estudios prehistóricos. Esta importancia dada a los monumentos explica que en América sólo en los países que poseían grandes edificaciones precolombinas se desarrollara la arqueología propiamente americana. Es decir, esto ocurrió fundamentalmente en México [Bernal, 1979], en el sur de los Estados Unidos [Welsh, 1998] y en Perú, donde se promulgó —aunque sin demasiado éxito— una primera legislación en 1811, relacionada con las antigüedades, apenas conseguida la independencia, y en 1826 se abrió un museo nacional. [Bonavia, 1984:110; Chávez, 1992:43-44] En el resto de los países del continente la arqueología no se desarrolló, o si lo hizo, fue sólo en su vertiente no americana, dando lugar a especialistas en arqueología bíblica y clásica, como los Estados Unidos [Patterson, 1991] y Canadá [Trigger, 1981].

Un tercer obstáculo que la arqueología prehistórica tuvo que superar para lograr su institucionalización, fue el que se aceptara su versión frente a la ofrecida por la Biblia. Desde los primeros siglos del cristianismo los intelectuales habían intentado compatibilizar las fuentes clásicas con lo central de la doctrina cristiana. Así, a lo

largo del medioevo y las centurias que le siguieron, una mezcla de héroes troyanos e hijos y nietos de Noé habían logrado poblar todo el mundo conocido y fundar todas las ciudades de cierto prestigio. Fue contra esta historia mítica, tomada por cierta, contra la que los primeros prehistoriadores tuvieron que luchar. El problema no fue fácil, puesto que muchos de ellos eran fervientes creyentes. Los largos debates entre la prehistoria, el evolucionismo social derivado del biológico de Darwin —a partir de su obra *El origen de las especies*, publicada en 1859—, algunos no se resolvieron hasta ya entrado el siglo XX. [Esteve y Vila, 1999; Trigger, 1989] Esta falta de aceptación de la arqueología prehistórica como parte de la historia es lo que explica que en la práctica, en la mayoría del mundo occidental, ésta se institucionalizara dentro de las ciencias naturales. Es decir, los objetos prehistóricos no iban a parar en la mayoría de las ocasiones a los museos arqueológicos, sino a los de ciencias naturales y fue en las facultades de ciencias donde en muchos casos se comenzó a impartir la docencia de la prehistoria. Los ejemplos de esto son múltiples. El primero que citaré será el de Francia, donde en la Facultad de Ciencias de Toulouse la prehistoria era enseñada por Cartailhac, hacia principios de siglo [Boule, 1921], y donde ésta formaría parte del Instituto de Paleontología Humana, creado en 1910 en París. También en España la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (1912-1939) supondría un primer intento de institucionalización de la prehistoria; su sede fue el Museo de Ciencias Naturales de Madrid, dirigida, como subdirector primero y luego director, por el catedrático de geología de la Facultad de Ciencias de Madrid, Eduardo Hernández-Pacheco. Esta situación también era frecuente en América, como lo muestra el ejemplo de Argentina —al que se le podrían añadir muchos otros. En aquel país hacia principios de siglo, Gustavo Politis e Irina Podgorny relatan cómo los objetos prehistóricos (indígenas) iban a parar al museo de Ciencias Naturales de la Plata. [Podgorny, 1997; Politis, 1995]

Si en el viejo mundo la prehistoria se trasladó del campo de las ciencias naturales al de la historia, hacia principios del siglo XX —aunque existen persistencias posteriores, como es el caso de Portugal [Díaz-Andreu, 1997a]—, en gran parte del Nuevo Mundo los estudios prehistóricos, es decir precolombinos, continuarían en las ciencias naturales y el paso que darían sería hacia la antropología. La razón para esto se hallaría en el evolucionismo del siglo XIX. En el caso de las sociedades donde existía una discontinuidad evidente entre los restos prehistóricos que simbolizaban el pasado de las poblaciones indígenas coetáneas y las poblaciones “civilizadas” blancas que las dominaban, la arqueología sirvió para justificar el *status quo* existente. [Kuper, 1988] La cultura material indígena era semejante a la encontrada en las rebuscas arqueológicas tanto en los países colonizados (o de reciente independencia) como en aquellos mismos. Es decir, que siguiendo una lógica evolucionista se podía inferir que en contraste con las poblaciones europeas —y sobre todo aquellas

más rubias del norte de Europa—, que habían llegado a la cima del progreso conocido hasta entonces, las poblaciones indígenas no habían evolucionado, se habían quedado atrasadas.

Como el progreso tecnológico se asociaba con el progreso social y moral (no hemos de olvidar que el siglo XIX fue el de la Revolución Industrial llevada a cabo fundamentalmente por las clases medias, de las que provenían los arqueólogos), era evidente que desde el punto de vista moral las poblaciones indígenas eran igualmente reprobables. Todo esto se unía al hecho de que se consideraban inferiores desde el punto de vista genético como del cultural.

En un primer momento, se pensó que su misma postergación ante el progreso iba a llevar ineludiblemente a su extinción, y esto llevó a la creación de museos a los que fueron a parar los objetos etnográficos y arqueológicos. [Bowler, 1992; McGuire, 1989, 1992; Trigger, 1980] En un segundo momento, cuando se hizo evidente que estas poblaciones no iban a desaparecer—por lo menos en masa—, la continuación de las colecciones se justificó como una forma de aumentar la escasa información disponibles sobre estos grupos supervivientes de una época anterior. En todo caso, estos museos junto con la labor de arqueólogos y antropólogos justificaban la creencia de que era deber de las naciones civilizadas—o del estrato de la sociedad civilizado en el caso de las naciones americanas— de ayudar a los más atrasados a desarrollarse. De esta forma la colonización quedaba legitimizada.

El paso de la prehistoria desde las ciencias naturales a la historia sólo ocurriría a finales del siglo XIX y fundamentalmente en el siglo XX. En este aspecto Alemania sería la protagonista, ya que formuló una teoría arqueológica, el historicismo cultural, que también estuvo unido al auge del nacionalismo étnico o cultural. Esta teoría tendría tanto éxito que, pese a que ha experimentado una evolución interna, todavía sigue vigente y es practicada por la gran mayoría de los arqueólogos y arqueólogas sin excepción de país, lengua o hemisferio.

EL NACIONALISMO ÉTNICO O CULTURAL Y EL HISTORICISMO CULTURAL EN ARQUEOLOGÍA

La unificación de Italia y Alemania en 1870 y 1871, como ya se mencionó, transformó radicalmente el carácter del nacionalismo, de tal manera que si el nacionalismo cívico no desapareció, vino a integrarse dentro del nacionalismo de tipo étnico o cultural. Es decir, a partir de ahora las características, como la educación universal o la igualdad de derechos y deberes ya no estarían necesariamente unidas al concepto de nación—aunque sí al de la nación democrática. La nación comenzó ahora a basarse fundamentalmente en la esencia que la justificaba, que podía ser una cultura, una raza, o una lengua en común, y en todo caso por un pasado común. Esto

llevó a que el pasado propio —medieval o prehistórico— por contraposición al clásico, adquiriera progresivamente mayor importancia. El cambio difícilmente se podría haber dado en Italia, donde el pasado propio se confundía con lo clásico, lo que permitió la continuación del subdesarrollo de los estudios prehistóricos. [Guidi, 1996] Por ello no ha de extrañarnos que fuera en Alemania donde se produjera esta transformación.

Los términos empleados por las publicaciones arqueológicas durante la mayoría del siglo XIX para significar un conjunto de personas unidas bajo el mismo poder político y con una serie de rasgos comunes fueron los de “nación”, “pueblo” o “raza” (sin que tuviera este último término las connotaciones biológicas que luego más tarde adquiriría durante el mismo siglo XIX y fundamentalmente en el XX). En 1797, el inglés John Frere describió unos bifaces paleolíticos como “armas de guerra, fabricadas y usadas por un *pueblo* que no utilizaba metales”. [Daniel, 1975:31] En 1847, el arqueólogo danés Jens Worsaae en sus *Primeras antigüedades de Dinamarca* mencionaba que “aunque se reconocía ahora generalmente que nuestro país nativo se ha habitado por varias razas diferentes, todavía se supone que todas estas antigüedades debían haber pertenecido a solo *uno y único pueblo*”. [Daniel, 1975: 39] La palabra “nación” se empleó fundamentalmente en los países de lenguas romances, pero ya en el siglo XIX la encontramos en países de lenguas germánicas. Así, el británico Richard Colt Hoare decía, refiriéndose al túmulo megalítico irlandés de *New Grange*, que todavía no era conocido “a qué nación se podría razonablemente atribuir la construcción de tan singular monumento”. [Daniel y Renfrew, 1988:19-20]

A lo largo del siglo XIX y fundamentalmente en el XX los términos de “nación”, “pueblo” y “raza” fueron sustituidos por el de “cultura” [Díaz-Andreu, 1996a], y ello se hizo en el contexto del creciente éxito del nacionalismo étnico o cultural. He de apuntar, sin embargo, que en Francia, donde el nacionalismo cívico siguió teóricamente en boga durante más tiempo que en ningún otro lado, junto al término “cultura” se empleó —y emplea— con gran asiduidad el de “civilización”. El uso del término “cultura” había resurgido ya antes de la unificación alemana (véanse ejemplos en Díaz-Andreu, 1996), pero para su aceptación dentro del vocabulario arqueológico especializado fue fundamental el desarrollo en las ciencias antropológicas de la teoría del historicismo cultural, de los *Kulturkreise* o círculos culturales formulada por Frobenius en 1898 [Zwernemann, 1983:31], cuya traducción a la arqueología la realizó en 1911 Gustaf Kossinna.

La primera definición del término de cultura arqueológica, sin embargo, sólo se produciría en 1929, y ésta vendría de Gordon Childe. Pero antes de continuar mi relato dentro de la arqueología, creo que es importante preguntarse por qué esta idea surgida en Alemania tuvo tanto éxito en el resto de Europa. Para responder a esta

cuestión es necesario reflexionar sobre el contexto político en el que esta difusión se produjo: la primera Guerra Mundial. Por una parte, ésta supuso el fracaso rotundo de la internacionalización de las clases trabajadoras pretendida por los seguidores de Marx. Los obreros de cada país lucharon por su nación y no por la causa común del proletariado. A este apoyo de las masas al nacionalismo habría que añadir otro hecho que tendría especial importancia para el desarrollo del mismo. Eric Hobsbawm [Hobsbawm, 1990] apunta la relevancia que tuvieron los acuerdos de guerra para la definitiva imposición del nacionalismo como teoría política. El criterio nacional fue empleado en estos acuerdos para redefinir el mapa político de Europa, lo que llevó no a unir diversas unidades políticas en nuevas naciones —como había ocurrido en el caso de Alemania y de Italia— sino a separar estados como el imperio Austro-Húngaro en diversas naciones, en algunos casos casi inventadas, como Yugoslavia.

En este contexto de auge del nacionalismo en el que los arqueólogos vivían, y al que los arqueólogos contribuyeron en muchos casos como miembros del ejército, la palabra “cultura” fue rápidamente aceptada en la arqueología prehistórica. Como he dicho antes, Gordon Childe en 1929 fue el primero en definirla de una manera más sistemática y un tanto indirecta. Según Childe:

Encontramos ciertos tipos de restos —vasijas, útiles, ornamentos, ritos de enterramiento, plantas de casas— que constantemente se encuentran asociadas. A tal complejo de características regularmente asociadas denominaremos un ‘grupo cultural’ o simplemente una “cultura”. [Childe, 1929:v-vi]

Lo que vemos aquí, por tanto, es que el término “cultura” vino a significar algo así como una “nación ya desaparecida”, “nación” pasaba a ser empleado únicamente para la época moderna. Para momentos anteriores a partir de ahora se utilizaría “cultura”. Quizá sea importante aludir a que al mismo tiempo que esto estaba ocurriendo en la arqueología, en la antropología la palabra “cultura”, que ya venía empleándose desde 1898, se sustituyó hacia los años veinte por la de “tribu” o la de “grupo étnico”. [Jenkins, 1997] Sin embargo, los arqueólogos decidieron no utilizar “etnia” para referirse a culturas, puesto que como el catalán Pere Bosch Gimpera afirmaba hacia los años treinta, era mejor usar “etnia” para los grupos citados en las fuentes escritas, mientras que para los grupos arqueológicos él prefería “cultura”.

La introducción de este último término en la arqueología fue acompañada por un reconocimiento de la prehistoria como el origen de la nación y esto llevó a que su estudio pasara primero en Alemania, y más tarde en muchos otros países por influencia germana, de las ciencias naturales a las facultades de historia. España es un buen ejemplo de esto. Aquí en 1922 se concedió la primera cátedra oficial de estos estudios, la denominada historia primitiva del hombre, en la facultad de Madrid.

No de forma casual ésta fue creada para un alemán, Hugo Obermaier, al que el principio de la primera Guerra Mundial había sorprendido en España, impidiéndole regresar a París, donde trabajaba en el Instituto de Paleontología Humana. El otro catedrático que de forma extra-oficial había estado enseñando prehistoria en Barcelona era Pere Bosch Gimpera, y su cátedra se encontraba en la sección de historia, pues oficialmente se llamó “Historia antigua y media” hasta 1933, cuando cambió al de “Prehistoria”. Bosch Gimpera había estudiado arqueología en Alemania [Díaz-Andreu, 1995a], y su admiración por esta disciplina perduró toda su vida. [Bosch Gimpera, 1980] La influencia de la arqueología alemana en países como Canadá [Trigger, 1981] o los Estados Unidos (véanse los apellidos de Kroeber y Kluckhohn [Kroeber y Kluckhohn, 1952]) también se refleja al otro lado del Atlántico.

La adopción de una nueva teoría, la del historicismo cultural, estuvo aparejada a un aumento significativo en la utilización de la arqueología para fines políticos. Ésta se produjo en naciones con independencia política —ahora interesadas en crear un nacionalismo de masas— y en otras en las que ésta era reclamada, y cuyo futuro independiente se había hecho posible al aceptarse el nacionalismo definitivamente como argumento al fin de la primera Guerra Mundial. Como el concepto de nación cultural o étnica estaba basado, lógicamente, en el de comunidad étnica, para definirla seguiré los criterios de Anthony Smith [Smith, 1991:21]: la existencia de un nombre colectivo, un mito de origen común, memorias históricas compartidas, uno o más elementos diferenciadores de cultura común, una asociación con un lugar de origen específico, y finalmente un sentimiento de solidaridad entre sectores significativos de la población.

Siguiendo estos puntos intentaré aclarar de qué forma la arqueología se implicó en el nacionalismo de tipo étnico o cultural tanto antes, pero sobre todo después de la primera Guerra mundial, tendencia que, pese a la terrible complicidad de la arqueología alemana durante la segunda gran confrontación [Arnold, 1990; Arnold y Hassmann, 1995; Bollmus, 1970; Kater, 1974; Losemann, 1977] [Junker, 1998a, 1998b], y en cierta manera también de la arqueología italiana [Guidi, 1996:112-115; Torelli, 1991], seguiría al término de la misma.

En cuanto al empleo de un nombre colectivo la arqueología ayudó a buscar un pasado a determinadas etnias, llamadas ahora culturas o civilizaciones en arqueología, que formaban parte o la casi totalidad de la nación. En ocasiones los datos arqueológicos actuaron como una proyección aparentemente nada problemática de lo actual hacia épocas anteriores, impresión ofrecida por la práctica de llamar a los grupos desaparecidos con el mismo nombre que los modernos. Esto pasó en el caso de los alemanes [Wiwjorra, 1996] y los eslavos [Raczkowski, 1996:207; Shnirelman, 1996]. En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, las etnias actuales se basaron en culturas o civilizaciones pasadas conocidas con nombres diferentes al grupo con-

temporáneo. Un ejemplo de esto se dio en la recién creada república de Turquía en 1923, para cuya base histórica su dirigente Kemal Atatürk quiso ver a la civilización sumeria e hitita, desde un pasado remoto, pues Turquía había estado caracterizada por una variada composición étnica [Özdoğan, 1998:116-117].

También se emplearon culturas prehistóricas de forma semejante. Así, en Portugal, el catedrático de arqueología y conservador del Museo Nacional de Arqueología, Manuel Heleno (1894-1970), en una conferencia de prensa dada en 1932, que tuvo un gran impacto, reclamaba la cultura megalítica como el origen de la nación portuguesa, creencia todavía muy extendida entre un gran número de intelectuales. [Fabião, 1996:96-97] En cuanto al periodo medieval cristiano, éste fue el que más éxito tuvo por lo general en todas las naciones europeas. [Olmo Enciso, 1991; Pohl, 1997; Díaz-Andreu, 1996b]

Lo explicado en el párrafo anterior lleva al segundo atributo, el del mito de origen común, para el cual la historia proveyó datos para los momentos más recientes, mientras para los anteriores la encargada fue la arqueología. En Polonia, basta ver los títulos de los artículos publicados por von Richthofen y por Kostrzewski para inferir su contenido nacionalista. [Raczkowski, 1996:205-206] Además, de artículos académicos—y de otros múltiples publicados en periódicos de gran tirada cuyo estudio todavía no se ha realizado—, en la mayoría de los países de la época, los arqueólogos se lanzaron a publicar obras pensadas para llegar a un público más amplio.

En México, por ejemplo, en 1916 apareció el libro *Forjando Patria*, de Manuel Gamio. Del caso de España—que es el que más conozco—están la *Prehistoria universal y especial de España*, del padre Carballo de 1924; la más importante *Etnología de la Península Ibérica* de Pere Bosch Gimpera, publicada originalmente en catalán en 1932, y que pese a su nombre trata de prehistoria, o la conferencia sobre “España” dada por el mismo autor en plena guerra civil española; o las enciclopedias que empezaron a hacerse populares en estos momentos, como la del tomo producido por el discípulo del último, Luis Pericot en 1934, sobre *Historia de España. Geografía histórica general de los pueblos hispanos*. [T. I., Épocas primitiva y romana]

Estas publicaciones de carácter general y de las más concretas derivadas de los trabajos arqueológicos tuvieron un impacto mayor que el puramente académico, pues su contenido llegó a un público más amplio, por lo que se reforzó la creación de la memoria histórica compartida, de la que se hablará en el próximo párrafo. Las ideas expresadas por la arqueología se recogieron en los manuales escolares. [Podgorny, 1994; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís, 1997] Además, el trabajo de los artistas logró que el eco del trabajo arqueológico llegara mucho más lejos. Así, la influencia ejercida por las obras ibéricas de la edad del hierro y las etnográficas, principalmente africanas en cuadros como *Las señoritas de Aviñón*, de Pablo Picasso

[Walther, 1993:37-40], o la del arte precolombino en los frescos elaborados por Diego Rivera en México [Kettenmann, 1997], producirán un efecto mayor y más duradero que el que los arqueólogos habrían podido tener por sí mismos.

El trabajo de los arqueólogos —y de las primeras arqueólogas que empezaron a encontrar trabajo por estos años [Díaz-Andreu y Sørensen, 1998]— ofrecía al nacionalismo símbolos materiales políticamente efectivos, y no es casualidad que en este periodo de entreguerras se viera por primera vez una inversión estatal importante para la excavación sobre todo de sitios señalados para el discurso nacionalista. Lo que pretendía el Estado-nación era crear un paisaje nacional propio, fijar una memoria histórica compartida por todos los miembros de la nación. Así, determinados yacimientos claves en el discurso nacionalista que en algunos casos ya habían llamado la atención hacia las últimas décadas del siglo XIX, pero sin tener gran repercusión a largo plazo, como Alésia en Francia o Numancia en España, ahora volverán a ser el centro de atención. La historia de las excavaciones en este último yacimiento es buen ejemplo.

Tras algún intento anterior que acabó en monumentos a medio construir o de tamaño claramente deficiente, en 1905 un potentado de la ciudad más cercana decidió costear la creación de uno a la altura de las circunstancias en memoria de los caídos en Numancia. Su inauguración la iba a llevar a cabo el rey, pero cuando éste acude se encuentra con que apenas unos pocos días antes un arqueólogo alemán, Adolf Schulten, había comenzado la primera excavación seria del sitio. Aquello constituyó tal escándalo que al alemán se le prohibió realizar sus investigaciones en el cerro, por lo que él decide dedicarse a la búsqueda de los campamentos romanos que habían sitiado la ciudad.

Para los trabajos sobre el yacimiento se creó una comisión dirigida por el prestigioso arqueólogo José Ramón Mélida, quien de forma reveladora calificará su labor como un “deber nacional”. [Díaz-Andreu, 1995b:44-45; Jimeno y Torre, 1997] Numancia será uno de los yacimientos que más dinero reciba desde entonces hasta la Guerra Civil. [Díaz-Andreu, 1997b] Otros dos ejemplos de excavaciones con claras connotaciones nacionalistas bastarán para dejar clara la utilización de la arqueología en la fijación de la memoria histórica. En México, en este periodo Manuel Gamio comenzó la exploración sistemática de los yacimientos de Teotihuacán [Brading, 1988], y en Polonia el yacimiento de Biskupin encontrado en 1933 comenzaría a tener una importancia inmensa a nivel propagandístico dentro de un ambiente cada vez más influido por el nacionalismo previo a la segunda Guerra Mundial. [Raczkowski, 1996] Los resultados obtenidos por la arqueología, por tanto, sirvieron —y todavía sirven en muchos casos— para retrotraer al pasado los elementos diferenciadores de la cultura común de la nación. Así, el nacionalista catalán Prat de la Riba quiso ver rasgos fonéticos propiamente catalanes ya en la escritura ibérica pre-

rromana en su libro de 1906 *La Nacionalitat Catalana*, o los arqueólogos que trabajaron en Numancia hablarían de la valentía y bravura del espíritu español. El alto nivel de civilización que parecía demostrar el yacimiento de Biskupin en Polonia se empleó como prueba del progreso que ya mostraba la nación incluso en la época prehistórica. [Raczkowski, 1996]

La arqueología también proveyó a la historia de cada nación con lugares de origen específicos. En el periodo de entreguerras, durante e inmediatamente después de la segunda Guerra Mundial, esta búsqueda de los lugares de origen pobló las publicaciones de arqueología de mapas con flechas en las que se trazaban el camino seguido por determinados pueblos. No es difícil ver una conexión entre estas teorías y la situación política del momento, lo que han estudiado autores como John Chapman [1998] para el caso de Marija Gimbutas. Esta relación la encontramos explícitamente indicada por algunos de los que vivieron en aquella época. [Hawkes y Hawkes, 1943] Más tarde, sin embargo, las flechas fueron desapareciendo para dar lugar a hipótesis sobre transmisión de ideas por una incierta aculturación. Actualmente en día, con los análisis de ADN, otro tipo de flechas están volviendo, aunque en un mismo artículo éstas sirvan para justificar cosas muy diferentes en el caso de los vascos y en el de los pueblos anatólicos.

Como sinopsis de lo dicho en estos últimos párrafos resaltaré de nuevo que la arqueología, al adoptar la teoría histórico cultural que todavía es predominante en gran parte del mundo, suministró al nacionalismo el pasado, las edades de oro, que mostraban su importancia y los símbolos que éste necesitaba. El historicismo cultural supuso de alguna manera la teorización de una serie de tendencias que ya se estaban produciendo en la época anterior, sobre todo desde 1870, y la aceptación que hoy en día aún tiene es reflejo del éxito que mantiene el nacionalismo étnico y cultural y que hacen explicables en la actualidad, a un nivel político, unificaciones como la alemana y las desafortunadas guerras, como la yugoslava y a un nivel más arqueológico, problemas como los que se resaltarán en la última sección de este trabajo.

UN LARGO CAMINO POR RECORRER:
EL DESAFÍO DE LA PÉRDIDA
DE LA INOCENCIA POLÍTICA

Habría otros temas que podrían ser desarrollados en un trabajo de esta índole igualmente vinculados con el nacionalismo de tipo étnico o cultural y que se refieren a la época posterior a la última gran confrontación y a los años que estamos viviendo. Estos otros puntos a tratar se refieren a la utilización de la arqueología por el nuevo imperialismo posterior a la segunda Guerra Mundial, fundamentalmente

por parte de los Estados Unidos [Evans y Meggers, 1973; Gassón y Wagner, 1994: 127-128; Patterson, 1986:13-14; Schávelzon, 1988, 1989], o al reciente debate sobre quién tiene prioridad, los arqueólogos y arqueólogas que han dominado durante estos dos últimos siglos, o los indígenas que reclaman el derecho al control de “su” pasado. [Layton, 1989a, 1989b] Este último asunto tiene consecuencias que van mucho más lejos de los que algunos han querido ver y, por tanto, me detendré brevemente en esta cuestión antes de dar fin a la discusión sobre nacionalismo y arqueología que se ha venido desarrollando en este artículo.

Como he explicado en otro lugar [Díaz-Andreu, 1998], la retórica aplicada por las comunidades indígenas está lejos de estar conectada con un sistema de valores que no ha variado con la colonización, como así parecen propugnar aquellos —incluidos arqueólogos y arqueólogas profesionales— que las defienden. Muy al contrario de esto, opino que estamos ante un ejemplo más de globalización, en este caso referente a la forma de expresar la identidad, en concreto la étnica y la nacional (pero también otras que se explicarán en el siguiente párrafo) de la forma como la sociedad occidental lo ha estado haciendo estos dos últimos siglos, buscando y definiendo una o varias edades de oro que fundamentan el presente. Lo que estamos presenciando, es un movimiento por parte de los indígenas hacia la elaboración de la historia de sus comunidades, con la finalidad de establecer un pasado que las legitime.

Del éxito que les ha supuesto la adopción del discurso nacionalista son prueba las nuevas legislaciones en países como los Estados Unidos o Australia, que han limitado en gran manera el trabajo arqueológico. [Hubert, 1989] Es decir, sólo cuando estas comunidades han abandonado su propio lenguaje para adoptar el nacionalista, es cuando sus reivindicaciones han podido ser entendidas por el mundo occidental. Este ahora ya no les reconoce un carácter simplemente tribal, como así se hacía en el pasado, sino uno propiamente étnico al nivel de cualquier otra etnia occidental y, se hace obvio el derecho que tienen a reclamar un territorio propio y el control sobre el mismo —incluida la gestión de los restos arqueológicos.

El problema, sin embargo, no es tan fácil puesto que tiene implicaciones mucho mayores. Las comunidades indígenas no son las únicas que están exigiendo el derecho a la historia y a los restos materiales del pasado, ya que existen otros grupos que también lo hacen: los *New Age travellers* [Finn, 1997], los druidas [Chippindale, *et al.*, 1990], o las ecofeministas que quieren ver en Çatal Höyük u otros yacimientos como símbolos de un poder femenino perdido. [Conkey y Tringham, 1995; Hodder, 1998; Meskell, 1998] Por las mismas razones que la arqueología profesional posee derechos, o que ahora se comienza a aceptar que las comunidades indígenas también los tienen, otro tipo de comunidades unidas por diversas identidades que no son ni académica, étnica ni nacional, también los empiezan a tener.

Los conflictos de intereses que todo esto está suponiendo representan actualmente un reto muy grave para la arqueología cuya confrontación es inevitable, como así parece demostrarlo la creciente politización de congresos internacionales de arqueología como el *World Archaeological Congress*. [Colley, 1995; Funari y Podgorny, 1998; Ucko, 1987]

Finalizaré haciendo una reflexión sobre si los arqueólogos y arqueólogas son conscientes de la implicación política de su quehacer científico y sobre la importancia, en todo caso, que tiene el que lo sean. La gran mayoría se resiste a admitir tal relación entre una disciplina que consideran —correctamente— científica, aunque en la literatura publicada en lengua inglesa (como bien se puede ver en la bibliografía que cito en este artículo) hay una creciente apertura hacia estos temas. Las alusiones al patriotismo tan frecuentes en el siglo XIX y que hacían tan evidente el carácter nacionalista de la arqueología desaparecieron hace ya bastante de las publicaciones, no obstante ciertas reminiscencias aún se pueden encontrar en los prólogos de los volúmenes cuyo contenido parece clamar a la más pura objetividad. Es decir, es verdad que ya no es tan explícita tal relación, pero esto no significa que no exista. Por otra parte, cabe preguntarse si la arqueología que hoy en día está defendiendo las muchas veces justas reivindicaciones de las poblaciones indígenas, sabe distinguir entre el uso político de la arqueología durante estos dos últimos siglos y la retórica elegida para tales reclamaciones. No estoy defendiendo la necesaria priorización de la lectura arqueológica o la de los intereses de grupos económicos frente a otras lecturas de comunidades indígenas o de otros. Pero lo que está en juego es la validez del discurso arqueológico —y, siguiendo a Eco [1990], todavía pienso que ésta la tiene—, y tal validez dependerá en parte de lo conscientes que seamos de las condiciones que han hecho y siguen haciendo posible la arqueología profesional, y esto no sólo pasa por una revisión historiográfica, sino también por su contraposición con voces alternativas. No es posible hacer arqueología sin hacer política, y aceptarlo y actuar éticamente en consecuencia nos pondrá en una situación, a mi entender, más ventajosa para afrontar el desafío que esto supone.

AGRADECIMIENTOS

Este artículo constituye el resumen de mis conferencias dadas en agosto de 1999 en Siena, Italia, donde fui invitada por el profesor Nicola Terrenato para impartir docencia en el curso de Arqueología y Teoría organizado por la International School in Archeologia. Mis notas producidas para aquella ocasión fueron más tarde completadas en mi viaje a Brasil en noviembre de 1999, organizado por el profesor Funari mediante una beca de la FAPESP para dar conferencias en las universidades de São Paulo, Campinas y Joinville.

BIBLIOGRAFÍA

Arata, F. P.

- 1998 "La naissance du musée du Capitole", en Raspi Serra, J. y F. de Polignac (eds.), *La Fascination de l'Antique 1700-1770. Rome découverte. Rome inventée*, Musée de la Civilisation Gallo-Romaine, Somogy Editions d'Art, Lyon, pp. 48-51.

Arnold, B.

- 1990 "The Past as Propaganda: Totalitarian Archaeology in Nazi Germany", en *Antiquity*, núm. 64, pp. 464-78.

Arnold, B., y H. Hassmann

- 1995 "Archaeology in Nazi Germany: the Legacy of the Faustian Bargain", en Kohl, P. L. y C. Fawcett (eds.), *Nationalism, politics, and the practice of Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 70-81.

Barbanera, M.

- 1996 "Frammenti di memoria per un discorso storico: sui rapporti tra Corrado Maltese e Ranuccio Bianchi Bandinelli", en *Studi in onore di Corrado Maltese*, Roma.

Bernal, I.

- 1979 *Historia de la arqueología en México*, Porrúa, México.

Böhner, K.

- 1981 "Ludwig Lindenschmidt and the Three Age System", en Daniel, G. (ed.), *Towards a history of archaeology*, Thames and Hudson, Londres, pp. 120-126.

Bollmus, R.

- 1970 *Das Amt Rosenberg und seine Gegner: Zum Machtkampf in nationalsozialistischem Herrschaftssystem*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart.

Bonavia, D.

- 1984 "Peru", en Cleere, H. (ed.), *Approaches to the Archaeological Heritage*, Approaches to the Archaeological Heritage, Cambridge, pp. 109-115.

Bosch Gimpera, P.

- 1980 *Memories*, Edicions, Barcelona, p. 62.

Boule, M.

- 1921 "Émile Cartailhac (1845-1921)", en *L'Anthropologie*, núm. 31, pp. 587-608.

Bowler, P.

- 1992 "From 'Savage' to 'Primitive': Victorian Evolutionism and the Interpretation of Marginalized Peoples", en *Antiquity*, núm. 66, pp. 721-729.

Brading, D.

- 1988 "Manuel Gamio and Official Indigenismo in Mexico", en *Bulletin of Latin American Research*, núm. 7, pp. 75-89.

Bradley, R. (ed.)

- 1996 "Sacred geography", en *World Archaeology*, vol. 28, núm. 2, Routledge, Londres.
 1998 *The significance of monuments. On the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*, Routledge, Londres.

Chakrabarti, D. K. D. K. (ed.)

- 1988 *A History of Indian Archaeology from the Beginning to 1947*, Munshiram Manoharlal, Nueva Delhi.

Chapman, J.

- 1998 "The Impact of Modern Invasions and Migrations on Archaeological Explanation. A Biographical Sketch of Marija Gimbutas", en Díaz-Andreu, M. y M. L. S. Sørensen (eds.), *Excavating Women. A history of women in European Archaeology*, Routledge, Londres, pp. 295-314.

Chávez, S. J.

- 1992 "A Methodology for Studying the History of Archaeology: An Example from Peru (1524-1900)", en Reyman, J. E. (ed.), *Rediscovering our past: Essays on the history of American Archaeology*, Aldershot, Avebury, pp. 35-49.

Childe, V. G.

- 1929 *The Danube in Prehistory*, Clarendon Press Oxford.

Chippindale, C., P. Devereaux, P. Fowler, R. Jones, y T. Sebastian

- 1990 *Who owns Stonehenge?*, Batsford, Londres.

Colley, S.

- 1995 "What Happened at WAC-3?", en *Antiquity*, núm. 69, pp. 15-18.

Conkey, M. W., y R. Tringham

- 1995 "Archaeology and the Goddess: Exploring the Contours of Feminist Archaeology", en Stanton, D. C. y A. J. Stewart (eds.), *Feminisms in the Academy*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, pp. 199-247.

Daniel, G.E.

- 1975 *A Hundred and Fifty Years of Archaeology*, Londres, Duckworth.

Daniel, G. E., y C. Renfrew

- 1988 *The idea of prehistory*, Edinburgh University Press, Ann Arbor, Edinburgh.

Díaz-Andreu, M.

- 1994 "The Past in the Present: The Search for Roots in Cultural Nationalisms. The Spanish Case", en Beramendi, J. G., R. Máiz y X. M. Núñez (eds.), *Nationalisms in Europe: Past and present I*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, pp. 199-218.
- 1995a "Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios de la Junta para la Ampliación Estudios (I) Pedro Bosch Gimpera", en *Madrider Mitteilungen*, núm. 36, pp. 79-89.
- 1995b "Nationalism and Archaeology. Spanish Archaeology in the Europe of Nationalities", en Kohl, P. L. y C. Fawcett (eds.), *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 39-56.
- 1996a "Constructing Identities Through Culture", en Graves-Brown, P., S. Jones y C. Gamble (eds.), *Cultural Identity and Archaeology*, Routledge, Londres, pp. 48-61.
- 1996b "Islamic Archaeology and the Origin of the Spanish Nation", en Díaz-Andreu, M. y T. Champion (eds.), *Archaeology and Nationalism in Europe*, UCL Press, Londres, pp. 68-89.
- 1997a "Conflict and Innovation: the Development of Archaeological Traditions in Iberia", en Díaz-Andreu, M. y S. Keay (eds.), *The Archaeology of Iberia. The Dynamics of Change*, Routledge, Londres, pp. 6-33.
- 1997b "Nación e internacionalización. La arqueología en España en las tres primeras décadas del siglo XX", en Mora, G. y M. Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, Ministerio de Cultura, Universidad de Málaga, Madrid, pp. 403-416.
- 1998 "Identitats i el dret al passat. Del nou al vell món [Identities and the right to the past. From the New to the Old World]", en *Cota Zero*, núm. 14, pp. 41-52.

Díaz-Andreu, M., y M. L. S. Sørensen (eds.)

- 1998 *Excavating Women. A History of Women in European Archaeology*, Routledge, Londres.

Eco, U.

- 1990 *The Limits of Interpretation*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis.

Esteve, J., y A. Vila

- 1999 *Piedra a piedra*, BAR International Series NUMBER, British Archaeological Reports, Oxford.

Evans, C., y B. J. Meggers

- 1973 "United States 'Imperialism' and Latin American Archaeology", en *American Antiquity*, núm. 38, pp. 257-258.

Fabião, C.

- 1996 "Archaeology and Nationalism: The Portuguese Case", en Díaz-Andreu, M. y T. Champion (eds.), *Archaeology and Nationalism in Europe*, UCL Press, Londres, pp. 90-107.

Finn, C.

1997 "Leaving More than Footprints. Modern Votive Offerings at Chaco Canyon Prehistoric Site", en *Antiquity*, núm. 71, pp. 169-178.

Florescano, E.

1993 "The Creation of the Museo Nacional de Antropología de México and its Cientific, Educational and Political Purposes", en Boone, E. (ed.), *Collecting the Pre-Columbian Past*, Washington, D.C.

Funari, P. P. A.

1992 "La arqueología en Brasil: política y academia en una encrucijada", en Politis, G. (ed.), *Arqueología en América Latina hoy*, Biblioteca del Banco Popular, Bogotá, pp. 57-69.

Funari, P. P. A. y I. Podgorny

1998 "Congress Review: is Archaeology only Ideologically Biased Rhetoric? A Report on WAC Inter-Congress on the Destruction and Conservation of Cultural Property, Brac, Croatia, May 1998", en *European Journal of Archaeology*, núm. 1, pp. 416-424.

Gassón, R., y E. Wagner

1994 "Venezuela: Doctors, Dictators and Dependency (1932 to 1948)", en Oyuela-Caycedo, A. (ed.), *History of Latin American Archaeology*, Worldwide Archaeology Series, Aldershot, Avebury, pp. 124-136.

Gran-Aymerich, E.

1998 *Naissance de l'Archéologie Moderne, 1798-1945*, CNRS, Paris.

Gräslund, B.

1981 "The Background to C. J. Thomsen's Three Age System", en Daniel, G. (ed.), *Towards a history of archaeology*, Thames and Hudson, Londres, pp. 45-50.

Guidi, A.

1988 *Storia della paletnologia*, Laterza, Roma.

1996 "The Italian Pluriverse: Different Approaches to Prehistoric Archaeology", en *The European Archaeologist*, núm. 5, pp. 5-8.

Hawkes, C., y J. Hawkes

1943 *Prehistoric Britain*, Penguin Books, Harmondsworth.

Hobsbawm, E. J.

1990 *Nations and nationalism since 1780*, Cambridge University Press, Cambridge.

Hodder, I.

1998 "The Past as Passion and Play: Çatalhöyük as a Site of Conflict in the Construction of Multiple Pasts", en Meskell, L. (ed.), *Archaeology under Fire. Nationalism, Politics and Heritage in the Eastern Mediterranean and Middle East*, Routledge, Londres, pp. 124-139.

Hubert, J.

- 1989 "A Proper Place for the Dead: A Critical Review of the 'Reburial Issue'", en Layton, R. (ed.), *Conflict in the Archaeology of Living Traditions, One World Archaeology*, núm. 8, Unwin Hyman, Londres, pp. 131-166.

Huizinga, J.

- 1972 "Nationalism in the Middle Ages", in Tipton, C. L. (ed.), *Nationalism in the Middle Ages*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, pp. 14-24.

Jenkins, R.

- 1997 *Rethinking Ethnicity: Arguments and Explorations*, Sage Publications, Londres.

Jimeno, A., y J. I. D. L. Torre

- 1997 "Numancia y regeneración", en Mora, G. y M. Díaz-Andreu (ed.), *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Ministerio de Cultura, Universidad de Málaga, Madrid, Málaga, pp. 471-484.

Junker, K.

- 1998a *Das Archäologische Institut des Deutschen Reiches zwischen Forschung and Politik. Die Jahre 1929 bis 1945*, Verlag Philipp von Zabern, Mainz.
- 1998b "Research under Dictatorship: The German Archaeological Institute 1929-1945", en *Antiquity*, núm. 72, pp. 282-292.

Kater, M.

- 1974 *Das "Ahnenerbe" des SS 1935-1945. Ein Beitrag zur Kulturpolitik des Dritten Reiches 1933-1945*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart.

Kettenmann, A.

- 1997 *Diego Rivera 1886-1957. A Revolutionary Spirit in Modern Art*, Taschen, Köln.

Klindt-Jensen, O.

- 1975 *A History of Scandinavian Archaeology*, Thames and Hudson, Londres.

Kroeber, A. L., y C. Kluckhohn

- 1952 "Culture. A Critical Review of Concepts and Definitions", en *Papers of the Peabody Museum*, vol. 47, núm. 1, Peabody Museum, Cambridge, Massachusetts.

Kühnl, R.

- 1985 *Die Weimarer Republik*, Rowolth Taschenbuch, Hamburg.

Kuper, A.

- 1988 *The Invention of Primitive Society: Transformation of an Illusion*, Londres.

Layton, R. (ed.)

- 1989a "Conflict in the Archaeology of Living Traditions", en *One World Archaeology*, núm. 8, Unwin Hyman, Londres.
- 1989b "Who needs the past?", en *One World Archaeology*, núm. 5, Unwin Hyman, Londres.

Losemann, V.

- 1977 *Nationalsozialismus und Antike. Studien zur Geschichte des Faches Alte Geschichte 1933-1945*, Hoffmann y Campe, Hamburg.

McGuire, R. H.

- 1989 "The Sanctity of the Grave: White Concepts and American Indian Burials", en R. Layton (editor), *Conflict in the Archaeology of Living Traditions, One World Archaeology*, núm. 8, Unwin Hyman, Londres, pp. 167-84.
- 1992 "Archaeology and the First Americans", en *American Anthropologist*, núm. 94, pp. 816-836.

Meskill, L.

- 1998 "Oh my Goddess! Archaeology, Sexuality and Ecofeminism", en *Archaeological Dialogues*, núm. 5, pp. 126-142.

Momigliano, A.

- 1955 (1950) "Ancient History and the Antiquarian", en *Contributo alla storia degli studi classici I*, Roma, pp. 67-106.

Mora, G.

- 1998 "Historias de mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII", en *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, núm. 18, CSIC, Polifemo, Madrid.

Olmo Enciso, L.

- 1991 "Ideología y arqueología. Los estudios sobre el periodo visigodo en la primera mitad del siglo XX", en Arce, J. y R. Olmos (eds.), *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España*, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 157-160.

Özdoğan, M.

- 1998 "Ideology and Archaeology in Turkey", en Meskill, L. (ed.), *Archaeology under fire. Nationalism, politics and heritage in the Eastern Mediterranean and Middle East*, Routledge, Londres, pp. 111-123.

Patterson, T. C.

- 1986 "The Last Sixty Years: Towards a Social History of Americanist Archaeology in the United States", en *American Anthropologist*, núm. 88, pp. 7-26.
- 1991 "Who did Archaeology in the United States Before There Were Archaeologists and Why? Preprofessional Archaeologies of the Nineteenth Century", en Preucel, R. W. (ed.), *Processual and Postprocessual Ways of Knowing the Past*, Occasional Papers, 10, Southern Illinois University, Carbondale, pp. 242-250.
- 1995 *Toward a Social History of Archaeology in the United States*, Fort Worth, Hartcourt Brace College Publishers, Texas.

Peiró Martín, I., y G. Pasamar Alzuría

- 1996 *La Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas, Madrid.

Podgorny, I.

1994 "Choosing Ancestors: the Primary Education Syllabuses in Buenos Aires, Argentina, between 1975 and 1990", en Stone, P. G. y B. L. Molyneaux (ed.), *The presented past. Heritage, Museums and Education, One World Archaeology*, núm 25, Routledge, Londres, pp. 408-417.

1997 "¿A quién entregar las reliquias nacionales? La organización del Museo de la Plata, Argentina, entre 1880 y 1916", en Mora, G. y M. Díaz-Andreu (ed.), *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Ministerio de Cultura, Universidad de Málaga, Madrid, Málaga, pp. 747-754.

Pohl, W.

1997 "Identities in the British Isles: A Comparative Perspective", en Hines, J. (ed.), *The Anglo-Saxons from the Migration Period to the Eighth Century-an Ethnographic Perspective*, Boydell Press, Woodbridgw.

Politis, G.

1995 "The Socio-Politics of the Development of Archaeology in Hispanic South America", en Ucko, P. J. (ed.), *Theory in Archaeology. A World Perspective*, Routledge, Londres, pp. 197-228.

Pomian, K.

1990 *Collectors and Curiosities. Paris and Venice 1500-1800*, Polity Press, Cambridge.

Raczkowski, W.

1996 "'Drang nach Westen?': Polish Archaeology and National Identity'", en Díaz-Andreu, M. y T. Champion (eds.), *Archaeology and Nationalism in Europe*, UCL Press, Londres, pp. 189-217.

Randsborg, K.

1994 "Ole Worm. An Essay on the Modernization of Antiquity", en *Acta Archaeologica*, núm. 65, pp. 135-169.

Rodden, J.

1981 "The Development of the Three Age System: Archaeology's First Paradigm", en Daniel, G. (ed.), *Towards a history of archaeology*, Thames and Hudson, Londres, pp. 51-68.

Rosenberg, C. M.

1990 "Introduction", en Rosenberg, C. M. (ed.), *Art and politics in Late Medieval and Early Renaissance Italy, 1250-1500*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, Indiana, pp. 1-10.

Ruiz Zapatero, G., y J. R. Álvarez-Sanchís

1997 "El poder visual del pasado: prehistoria e imagen en los manuales escolares", en Mora, G. y M. Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Ministerio de Cultura, Universidad de Málaga, Madrid, pp. 621-633.

Schávelzon, D.

- 1988 "Las excavaciones en Zaculeu (1946-1950): una aproximación al análisis de la relación entre arqueología y política en América Latina", en Saunders, N. J. y O. Montmollin (eds.), *Recent studies in Pre-Columbian Archaeology. I*, BAR International Series 421(1), British Archaeological Reports, Oxford, pp. 167-190.

Schávelzon, D.

- 1989 "The history of Mesoamerican Archaeology at the Crossroads: Changing Views of the Past", en Christenson, A. L. (ed.), *Tracing Archaeology's Past : the Historiography of Archaeology*, Southern Illinois University Press, Carbondale, pp. 107-112.

Schnapp, A.

- 1993 *The discovery of the past*, British Museum Press, Londres.
- 1996 "French Archaeology: Between National Identity and Cultural Identity", en Díaz-Andreu, M., y T. Champion (eds.), *Archaeology and Nationalism in Europe*, UCL Press, Londres, pp. 48-67.

Shnirelman, V. A.

- 1996 "The Faces of Nationalist Archaeology in Russia", en Díaz-Andreu, M. y T. Champion (eds.), *Archaeology and Nationalism in Europe*, UCL Press, Londres, pp. 218-242.

Simock, A. V.

- 1984 *The Ashmolean Museum and Oxford science 1684-1983*, Museum of the History of Science, University of Oxford, Oxford.

Smith, A. D.

- 1976 "Neo-classicist and Romantic Elements in the Emergence of Nationalist Conceptions", in Smith, A. D. (ed.), *Nationalist Movements*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 74-87.
- 1991 *National Identity*, Penguin, Londres.

Sørensen, M. L. S.

- 1996 "The Fall of a Nation, the Birth of a Subject: the National Use of Archaeology in Nineteenth-Century Denmark", en Díaz-Andreu, M., y T. Champion (eds.), *Archaeology and Nationalism in Europe*, UCL Press, Londres, pp. 24-47.
- 1998 "Rescue and Recovery", en Díaz-Andreu, M. y M. L. S. Sørensen (eds.), *Excavating Women. A History of Women in European Archaeology*, Routledge, Londres, pp. 31-60.

Torelli, M.

- 1991 "Archeología e fascismo", en Arce, J. y R. Olmos (eds.), *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España*, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 232-239.

Trigger, B. G.

- 1980 "Archaeology and the Image of the American Indian", en *American Antiquity*, núm. 45, pp. 662-676.
- 1981 "Giants and Pygmies: the Professionalization of Canadian Archaeology", en Daniel, G. (ed.), *Towards a History of Archaeology*, Thames and Hudson, Londres, pp. 69-84.
- 1989 *A history of Archaeological Thought*, Cambridge University Press, Cambridge.

Ucko, P. J.

- 1987 *Academic Freedom and Apartheid: The Story of the World Archaeological Congress*, Duckworth, Londres.

Vázquez León, L.

- 1994 *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, Research School CNWS, Leiden.

Wahle, E.

- 1950 "Geschichte der praehistorischen Forschung (I)", en *Anthropos*, núm. 45, pp. 499-538.
- 1951 "Geschichte der praehistorischen Forschung (II)", en *Anthropos*, núm. 46, pp. 49-110.

Walther, I. F.

- 1993 *Pablo Picasso 1881-1973. Genius of the Century*, Benedikt Taschen, Koln.

Welsh, P. D.

- 1998 "Ancient Monuments of the Mississippi Valley" en Squier, E. G. y E. H. Davis: *The First Classic of US archaeology*, *Antiquity*, núm. 72, pp. 921-927.

Wiwjorra, I.

- 1996 "German Archaeology and its Relation to Nationalism and Racism", en M. Díaz-Andreu y T. Champion (eds.), *Archaeology and Nationalism in Europe*, UCL Press, Londres, pp. 164-188.

Zwernemann, J.

- 1983 "Culture, history and African Anthropology. A century of research in Germany and Austria", en *Acta Univ. Ups. Uppsala Studies in Cultural Anthropology*, núm. 6, University of Uppsala, Uppsala.